

Tres enfoques sobre los estudios críticos del discurso en el examen de la dominación

David Alberto Londoño-Vásquez¹
Héctor Leonel Bermúdez-Restrepo²

*“Language is not powerful on its own –
It gains power by the use powerful people make of it”.*
Ruth Wodak (2001)

Recibido: 2013-02-19
Envío a pares: 2013-02-25

Aprobado por pares: 2013-04-23
Aceptado: 2013-05-17

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

Londoño-Vásquez, D. A. & Bermúdez-Restrepo, H. L. Agosto de 2013. Tres enfoques sobre los estudios críticos del discurso en el examen de la dominación. Palabra Clave 16 (2), 491-519.

Resumen

Esta reflexión muestra la utilidad de cierta acumulación teórica y metodológica de tres enfoques sobre los estudios críticos del discurso en un posible examen sociológico de la dominación: el método histórico discursivo, el análisis del discurso orientado textualmente y los estudios sociocognitivos. El ejemplo subyacente al artículo es el de la dominación que puede aparecer en el discurso administrativo contemporáneo, la cual podría ser aclarada, precisamente, con el aporte de los mencionados enfoques.

Palabras clave

Dominación cultural, sociología, discurso, poder, resistencia, retórica. (Fuente: Tesoro de la Unesco).

1 Institución Universitaria de Envigado, Medellín, Colombia. dalondono@correo.iue.edu.co

2 Université HEC, Montréal, Canadá. hector-leonel.bermudez@hec.ca

Three Approaches to Critical Studies of Discourse in Examining Domination

Abstract

This article shows the usefulness of a theoretical and methodological accumulation of three approaches to critical studies of discourse in a possible sociological examination of domination: the historical discursive method, textually-oriented discourse analysis and social-cognitive studies. The example underlying the article is the domination that can appear in contemporary administrative discourse, which could be clarified precisely through input from the aforementioned approaches.

Key words

Cultural domination, sociology, discourse, power, resistance, rhetoric (Source: UNESCO Thesaurus).

Três abordagens sobre os estudos críticos do discurso no teste da dominação

Resumo

Esta reflexão mostra a utilidade de certa acumulação teórica e metodológica de três abordagens sobre os estudos críticos do discurso em um possível teste sociológico da dominação: o método histórico discursivo, a análise do discurso orientado textualmente e os estudos sociocognitivos. O exemplo subjacente ao artigo é o da dominação que pode aparecer no discurso administrativo contemporâneo, a qual poderia ser esclarecida, precisamente, com a contribuição das abordagens mencionadas.

Palavras-chave

Dominação cultural, sociologia, discurso, poder, resistência, retórica. (Fonte: Tesouro da Unesco).

Introducción

Este artículo se propone mostrar que las descripciones de tres enfoques sobre el análisis crítico del discurso (ACD), sus similitudes y sus diferencias, tanto conceptuales como metodológicas, pueden servir como aporte a un marco de referencia para el análisis de una categoría sociológica como la dominación. El ejemplo de las ‘retóricas manageriales’ se utiliza a través del artículo con el fin de ilustrar, sin ninguna intención de exhaustividad, que el discurso utilizado en un tipo particular de relación de poder, como el del *management* contemporáneo, deja entrever ciertas lógicas de dominación y de resistencia. Examinarlas, a partir de elementos que brinda el ACD, puede resultar una estimulante oportunidad académica. Se advierte, sin embargo, que este artículo es netamente exploratorio y no puede considerarse aún como un análisis sociológico.

Más adelante se verá una contextualización de la noción de poder en el marco del discurso administrativo contemporáneo; sin embargo, es necesario aclarar, de entrada, que el *management* siempre implica la posibilidad de que unos actores sociales actúen sobre los otros en el sentido de la ya clásica definición de poder formulada por Weber: “poder significa toda oportunidad de hacer triunfar, en el seno de una relación social, su propia voluntad, incluso contra las resistencias, sin importar la base sobre la que reposa dicha oportunidad” (1922/1971, p. 56).

Diferentes tradiciones intelectuales se han ocupado de examinar, desde muy distintos ángulos teóricos y con diversos enfoques metodológicos, la relación entre el poder y el lenguaje (Salkie, 1995; Pardo, 1999; Meyer, 2001). Así, es posible encontrar que las ciencias sociales en general han logrado, en los últimos treinta años, la construcción y el desarrollo de un objeto de estudio autónomo: el lenguaje como una acción o práctica social (Habermas, 1977; Halliday, 1982). Esto ha favorecido la emergencia de ciertas propuestas que tienen como objetivo concreto desentrañar los elementos de poder inherentes a la producción del lenguaje. Tales propuestas han hecho que sus seguidores adopten posturas críticas en el examen no sólo de lo que se dice, sino también de lo que se hace con el lenguaje, lo que ha per-

mitido 'des-ocultar' intenciones implícitas que sólo es posible que vean la luz bajo una detallada contextualización y un minucioso proceso de acercamiento científico.

De lo anterior se desprende que el análisis del lenguaje no es *estrictamente* lingüístico; es decir, puede enriquecerse desde diversos componentes, entre ellos el crítico. No obstante, un primer obstáculo salta a la vista. Hablar de lenguaje es una apuesta demasiado amplia, lo que ha exigido a los investigadores hacer elecciones metodológicas. A continuación se presentan tres.

En primer lugar, ha sido necesaria una revisión general de diferentes enfoques: la etnografía de la comunicación, propuesta por Saville-Troike (1982); la asociación entre estructuralismo y semiótica (Tobin, 1990); el apoyo de la sociolingüística y la pragmática (Salkie, 1995; Leech, 1996); los estudios de la comunicación (Brown, 1994); el análisis conversacional (Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974); el soporte, bien sea en la etnometodología (Giles, 1979; Stubbs, 1993), en la psicología cognitiva (Green, 1989; Turner, 1996) o en la psicología social y discursiva (Giles, 1979). Toda la acumulación teórica de estos diferentes enfoques puede resultar útil en exámenes sociológicos y muy especialmente como aporte a las metodologías cualitativas y fenomenológicas que buscan explicar la realidad social a partir del estudio de las vivencias del actor. Obsérvese que el investigador social no alcanza a informarse de tales vivencias, sino, fundamentalmente, a partir del discurso de aquel que las narra.

En segundo lugar, es necesario centrarse en uno de los elementos constitutivos del lenguaje, es decir, en una de las tantas formas que este ofrece: el discurso. Más adelante se verá que en ciertas propuestas metodológicas del análisis crítico del discurso (ACD) el lenguaje opera como un vehículo fundamental en la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1998; Laoureux, 2008). En este contexto, el discurso ha sido entendido, ante todo, como una producción colectiva, es decir, una práctica social. En consecuencia, la tarea central del analista es desentrañar cómo actúa éste en las otras prácticas colectivas; esto es, cómo se construyen los acontecimientos sociales, cómo se producen, se establecen, se mantienen o se transforman

las relaciones sociales. Nótese que es posible aprovechar ciertas simbiosis disciplinares. Se acaba de señalar que el ACD puede emplearse para hacer ciertos análisis sociológicos de manera más fina; corresponde ahora indicar, también, que el resultado de la investigación en sociología puede contribuir a enriquecer la acumulación epistemológica del ACD (Kovács, 2002; Martuccelli, 2006). Además, independientemente de la dirección que se privilegie, el cruce de estos dos enfoques tendría que aportar, como marco explicativo, al estudio científico de los fenómenos sociales en general. También, en relación más directa con los asuntos del poder, contribuiría, por ejemplo, a explicar cómo se expresan y reproducen, en el discurso, tanto las ideologías de dominación como los mecanismos de resistencia. Así, el discurso es, en este sentido, “un evento comunicativo específico que implica actores sociales en sus diversos roles, tomando parte de un acto social dentro de un contexto específico” (Londoño y Frías, 2011, p. 110). En este contexto, el discurso es entonces una actualización, o lo logrado en el proceso del acto comunicativo. El discurso, por tanto, narra objetos comunicativos particulares u ocurrencias únicas que involucran actores específicos en contextos y escenarios concretos. Los límites metodológicos del trabajo con el discurso se formulan en términos de la unidad semántica del continuo en el tiempo, de la participación sostenida de los mismos interlocutores.

En tercer lugar, podemos entonces hablar de un examen crítico de cualquier discurso. Los especialistas han estado de acuerdo, en general, en nombrar este ejercicio como ACD. Éste ha sido considerado por algunos autores como teoría (Fairclough y Wodak, 2000), por otros como método (Meyer, 2001; Fairclough, 2001) y por otros como estudio multidisciplinario (van Dijk, 1999, 2000). En realidad, hay varias opciones y acercamientos que permiten aceptar cualquiera de estas tres clasificaciones. Sin embargo, cada uno de los autores de este campo del saber coincide en que su papel más importante es revisar la relación entre poder y lenguaje, ya que el ACD se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder, las cuales no son siempre evidentes para todos. Esta relación se mantiene si consideramos que el lenguaje, y más concretamente el discurso, tiene una alta carga ideológica. Así lo propone Habermas cuando indica que el lenguaje “es también un medio de dominación y fuerza social (que) sirve para legitimar

las relaciones de poder organizado.³ En la medida en que las legitimaciones de las relaciones de poder, no son articuladas, (...) el lenguaje es también ideológico (1977, p. 259)”⁴

Esto invita a pensar que el lenguaje tiene una estructura que responde a diferentes instituciones, las cuales son socialmente reconocidas (o inconscientemente aceptadas) y que permiten su reproducción ideológica. Sin embargo, es fundamental aclarar que, aunque la ideología juega un papel fundamental en la reproducción de las prácticas de dominación, también está presente en el imaginario de los dominados. Corresponde pues, al científico social, examinar ambas caras de la moneda. Por eso, justamente, consideramos oportuno el análisis crítico del discurso de los dominados, *por una parte*, en procura de identificar la ideología que soporta y legitima a los responsables de ejercer la dominación (y, en paralelo, las ideologías subyacentes a las prácticas de resistencia en la lucha por la emancipación) y, *por otra parte*, pensar que el discurso administrativo legitima y perpetúa la asimetría de lo que Habermas (1977) llama las “relaciones de poder organizado” (Dejours, 2006; Martuccelli, 2006, 2004).

En otras palabras, por discurso administrativo hay que entender no solamente el argot de la disciplina (y la práctica) de la administración, sus conceptos básicos y su terminología, sino el conjunto de representaciones que acompaña al *management* contemporáneo: su ética peculiar y su ‘filosofía’, eso que Aubert y Gaulejac (1991) denominan el ‘sistema managinario’ (por la contracción entre *management* e imaginario). Efectivamente, el *management* es mucho más que un anglicismo para denominar la administración de empresas: es toda una *lógica* que se comenzó a imponer desde los años ochenta en los Estados Unidos y que ha permeado, en general, todas las esferas económicas y sociales a escala planetaria en las épocas del cambio de milenio. Además ha causado, igualmente, una mutación de los dispositivos de dominación y resistencia que comienzan a llamar la atención de los científicos sociales (*cf.* Martuccelli, 2006, 2004; Dejours, 2006; Gori y Le Coz, 2007).⁵

3 El subrayado es nuestro.

4 Traducción libre, en todo el artículo, de los textos consultados en inglés, francés y alemán.

5 Aunque se sabe que el *management* se inició a partir de las doctrinas de Frederick Taylor (1903, 1911), las cuales revolucionaron la manera de administrar las fábricas y los negocios desde los albores del siglo xx, aquí se hace re-

Antes de presentar la descripción de los tres enfoques mencionados del ACD, es fundamental detenerse a señalar ciertas precisiones sobre esta lógica del *management* contemporáneo, puesto que a dicha lógica subyace en general una muy problemática concepción del poder, la cual, a nuestro juicio, impide el examen riguroso de la dominación. En este sentido hay una definición del concepto de poder que ha hecho las delicias del *mainstream* del *management* y de ciertas corrientes de la sociología organizacional. Se trata de la interpretación que Dahl (1957) hizo de la célebre definición de Weber que mencionábamos arriba (Weber, 1922/1971, p. 56). Según Dahl, el poder es la “capacidad de una persona A de obtener que una persona B haga alguna cosa que ella no haría sin la intervención de A”. Tanto la ‘teoría del intercambio’ (Blau, 1957; Homans, 1958; Emerson, 1976) como la ‘teoría de la contingencia’ (Burns y Stalker, 1961; Chandler, 1962; Woodward, 1965; Lawrence y Lorsch, 1967) han aceptado sin mayores reparos este tipo de definiciones y han servido de apoyo teórico para los desarrollos del *management*. Sin embargo, el reduccionismo de este tipo de definiciones ha recibido numerosas críticas, desde las más tímidas de los sociólogos de la ‘estrategia del actor en la organización’ (Crozier y Friedberg, 1977), hasta las más radicales de algunos teóricos de la dominación (Chazel, 1983; Martuccelli, 2004; Gori y Le Coz, 2007).

Más próximo de estos últimos, el presente artículo defiende la concepción del poder según la cual el poder no es ‘ejercicio puro’, sino más bien ‘la capacidad que permite tal ejercicio’, pero no reducida –como en los continuadores de Dahl– a la simple posesión de los actores (aceptando una postura individualista), ni tampoco “a interpretar al poder como una característica de las estructuras” (Chazel, 1983, p. 392). Se propone entender al poder desde una perspectiva *relacional*, pero no sólo tomando a los actores individuales en el nivel interpersonal, sino, en general en todo tipo de “unidades sociales, como los grupos y las organizaciones” (p. 369). Por eso, la dominación no puede asumirse, como lo hace el *management*, simplemente como un ejercicio de subordinación personal o colectiva. Creemos, con Martuccelli, que la dominación “designa un tipo particular de relacio-

ferencia a la última de sus transformaciones estructurales, la cual es nombrada en el artículo como ‘el *management* contemporáneo’ y que los sociólogos del trabajo y de la empresa localizan a partir de los años ochenta (Bermúdez, 2012; Gaulejac, 2011, 2005; Aktouf, 2008; Sennett, 2006; Castells, 1998).

nes desiguales que coexiste o que se articula con muchos de los procesos de disimetría de las relaciones de poder” (2004, p. 469).

En este mismo sentido, las ideologías reproducidas por las retóricas *manageriales* juegan un papel fundamental en el ejercicio de la dominación, pero hay que aclararlo: no son sin embargo su fuente exclusiva o determinante. Creemos que no es exagerado insistir en que lo determinante es *la lógica* –la del *management*–, la cual engloba, desde luego, lo discursivo y lo práctico. Dicha lógica, incluso, permea las esferas de lo irracional y lo inconsciente porque se sitúa en el núcleo mismo de la construcción del vínculo social, o mejor, en la configuración del ‘vínculo instituido’, como lo explica Kaës (1996, 2002) desde sus estudios psicoanalíticos.

A continuación se verán entonces las características básicas de tres de los enfoques más reconocidos del ACD. En primer lugar, el método histórico discursivo (MHD), propuesto fundamentalmente por Ruth Wodak; luego, el análisis del discurso orientado textualmente (ADOT), desarrollado por Norman Fairclough, y finalmente, los estudios sociocognitivos (ES), de Teun van Dijk. Es importante aclarar que, a pesar de que el artículo privilegió estos tres enfoques, en los últimos años vienen dándose algunos interesantes desarrollos que, además de continuarlos, comienzan incluso a distanciarse de ellos. En este sentido, Herzog y Hernández i Dobon (2012, p. 620) señalan, por ejemplo, el análisis del discurso basado en la sociología del conocimiento de Keller (2010) y el análisis de dispositivos de Bührmann y Schneider (2007).

El método histórico discursivo

Grosso modo, el MHD parte de interrogantes como el siguiente: ¿qué herramientas conceptuales son relevantes para *este* o *ese* contexto y para *este* o *ese* problema?, ya que, según Wodak, por ejemplo, su utilidad puede radicar en que “proporciona un vehículo para buscar la dinámica latente del poder y el rango de potenciales en los agentes, porque integra y triangula el conocimiento sobre las fuentes históricas y el conocimiento anterior de los campos sociales y políticos dentro de los cuales los eventos discursivos están incrustados” (2009, p.38).

Es claro que una pregunta como la anterior pretende, simultáneamente, reconocer el valor del contexto histórico y enfocar sus esfuerzos en hacer evidente el requerimiento específico y la aplicación concreta para un discurso determinado. Esto obliga a pensar en un ‘método’ *multidisciplinario* de análisis crítico, en procura de develar las relaciones –tanto las simples como las complejas– y que favorezca no únicamente el examen acerca de las relaciones, sino también la necesaria reflexión sobre el propio análisis. Cabe advertir que no se trata de *un* método (en el sentido ortodoxo del término); mejor, este enfoque puede ser considerado como método dada a la posibilidad de construir un camino de acercamiento al objeto (el cual, desde luego, puede sufrir variaciones en su trasegar). Además, los pasos y los marcos interpretativos se realizan desde varias disciplinas, cada una de las cuales aporta desde su espacio al objetivo en cuestión; este último aspecto le da la característica de multidisciplinario. Al respecto, Wodak no duda en indicar que “la investigación en el ACD debe ser multiteórica y multimetodológica, crítica y autorreflexiva” (2001b, p. 64). En este sentido, consideramos fundamental no solamente la mirada crítica a los eventos que se presentan ante el científico social, sino también la autocrítica –la ‘deconstrucción’ a la que se refiere Derrida (1967)–, como estrategia de análisis para problematizar el discurso, y los demás niveles posibles de la crítica.

Este tipo de asuntos puede apreciarse cuando se revisan los orígenes del MHD. Este enfoque adhiere a la orientación filosófica de la teoría crítica, al retomar un concepto complejo de crítica social, el cual se compone de, al menos, tres aspectos interconectados: una *crítica inmanente*, es decir, el descubrimiento de inconsistencias, contradicciones, paradojas y dilemas en las estructuras internas de los discursos ya existentes con respecto a la realidad;⁶ una *crítica socio-diagnóstica*, la cual se entiende como el uso del conocimiento previo y contextual, y que encierra las estructuras comunicativas e interaccionales de un evento discursivo en un marco más amplio de relaciones, procesos y circunstancias sociales y políticas, y

6 Es necesario advertir que, aunque se reconoce la importancia de la noción de *crítica inmanente* en la filosofía del siglo XX (Heidegger a la fenomenología de Husserl, Adorno al idealismo de Kierkegaard, Benjamin al arte en el romanticismo alemán, etc.), en este artículo la noción se refiere más a la necesaria crítica de las incoherencias del discurso administrativo contemporáneo. En este sentido, nos adherimos a la ironía de Gérard Genette cuando advierte que la expresión *crítica inmanente* “constituye una especie de pleonismo –de allí quizá su rápida extinción en beneficio de categorías más específicas como ‘crítica temática’, ‘formal’, o ‘estructural’–, pues toda ‘verdadera’ crítica será tenida, y se sostendrá como inmanente *por definición*” (Genette, 2005, p. 24).

una *crítica prognóstica*, o sea la contribución a la transformación y mejoría de la comunicación. En este sentido, Wodak (2001b) recuerda que, de los tres aspectos, “dos de ellos están principalmente relacionados a la dimensión de la cognición y uno a la dimensión de acción” (p. 64).

Según el MHD, la relación poder-historia-ideología permite considerar el lenguaje como una construcción social donde se replican, generalmente, de forma implícita, manipulaciones, resistencias y convenciones sociales. En este sentido, Wodak señala lo siguiente:

Si se tiene en cuenta que el discurso es estructurado por la dominación, que cada discurso es históricamente producido e interpretado –esto es, está situado en el tiempo y espacio–, y que las estructuras de dominación son legitimadas por las ideologías de los grupos poderosos, el enfoque complejo defendido por los proponentes del LC y el ACD, hace posible analizar las presiones desde arriba y las posibilidades de resistencia a relaciones de poder desigual que aparecen como convenciones sociales (2001a, p.3).

El examen de esta relación requiere de un principio de triangulación, ya que no es posible trabajar con un solo enfoque, método o fuente de datos. El MHD exige la investigación de temas y textos políticos, institucionales e históricos, puesto que su objetivo es integrar una gran cantidad de conocimiento disponible sobre las fuentes históricas y el conocimiento previo de los campos sociales y políticos en los cuales se desarrollan los eventos discursivos. En otras palabras, este enfoque analiza “la dimensión histórica de las acciones discursivas por medio de la exploración de las formas en las cuales, los géneros particulares del discurso, son sujetos de cambio diacrónico” (Wodak *et al.*, 1990, p. 57). Estos discursos pueden ser tanto orales como escritos y son, desde este punto de vista, prácticas sociales.

Es preciso mencionar que el MHD es el enfoque con mayor influencia lingüística en el ACD; no obstante, el discurso, al ser considerado un producto social, debe entenderse como un conjunto de prácticas sociales lingüísticas, constituidas por diferentes elementos, tanto discursivos como no discursivos, y centrado en el *problema identificado* (unidad de análisis) más que en los aspectos lingüísticos. Además, según Wodak, “los discurs-

son abiertos e híbridos y no son, para nada, sistemas cerrados; se pueden crear nuevos subtemas y la intertextualidad e interdiscursividad tienen en cuenta los nuevos campos de acción” (2001b, p. 66).

Este tipo de ideas puede resultar fecundo para dilucidar aspectos muy sutiles en el análisis de la dominación cuando se asocian, por ejemplo, a las de Scott (2009), en sus estudios sobre el discurso subalterno, o a las de Certeau (1990), en su examen sobre la resistencia cotidiana a las prácticas de dominación. El primero analiza, por ejemplo, las “artes de la simulación política”: el eufemismo, el anonimato, la burla y otras conductas que el autor llama los “comportamientos políticos de los grupos dominados”, quienes recurren, como mecanismo de defensa, “al subterfugio y al engaño, pero proyectando hacia el exterior, la imagen de un consentimiento afable, incluso entusiasta” (Scott, 2009, p. 32). Por su parte, Certeau (1990, p. 39) señala las “innombrables e infinitesimales metamorfosis” presentes en las manifestaciones de los intereses de los dominados: “de una referencia lingüística hay que pasar a una referencia polemológica. Se trata de combates o de juegos entre el fuerte y el débil, y de ‘acciones’ que le son posibles al débil” (Certeau, 1990, pp. 56-57).

Obsérvese que para explicar los fenómenos complejos inherentes a las prácticas de la dominación es necesario que el científico social trabaje en diferentes niveles, no únicamente en el de la información contenida en el relato de un actor social. Un ejercicio etnometodológico permitiría, por ejemplo, examinar los discursos cotidianos de dominadores y dominados en un sistema de poder organizado, como la gran empresa contemporánea. Conviene aclarar que –por ortodoxo que pueda parecer–, en este artículo, ‘ejercicio etnometodológico’ significa investigar “las propiedades racionales de las *expresiones contextuales* de las prácticas ingeniosamente organizadas de la vida cotidiana”, según la ya clásica definición que Garfinkel propuso desde 1967 (2006, p. 20). Se trata pues de llevar a cabo investigaciones cuyo trabajo de terreno implica la observación directa (en situación social, más intensiva que extensiva, etc.), similar a la de las investigaciones realizadas por la sociología clínica en las organizaciones (Gaulejac, 2011, 2005) y la psicodinámica del trabajo (Dejours, 2006). Más específicamente, se podrían llevar a cabo ejercicios del tipo de los ‘experimentos disruptivos’ propuestos

por Garfinkel, es decir, perturbar eso que está ‘aparentemente’ ordenado de antemano (el *Lebenswelt* de Husserl), importunar, en la vida cotidiana del trabajo, aquello que aparece como ‘omnipresente, no problemático y ordenado’ para sus miembros. Todo esto, con el fin de estudiar las reacciones expresadas por la gente.⁷ Igualmente, el estudio de las retóricas establecidas (reglamentos internos, manuales de funciones, declaraciones sobre la misión, la visión, los valores corporativos, etc.) permitiría describir y analizar los elementos de dominación que tienden a perpetuarse en el discurso corporativo. Así, podría compararse, por ejemplo, la coherencia entre lo declarado formalmente por los documentos de la empresa y las expresiones rutinarias de los actores sociales. Eso es, entre otros asuntos, lo que se puede aprovechar de la experiencia acumulada por los investigadores del enfoque del MHD. En resumen, la aplicación del MHD siempre requiere de trabajo de campo, de etnografía. De igual forma, se estudian múltiples géneros y espacios públicos, y, hay que insistir, el contexto histórico siempre se debe integrar en el análisis.

El análisis del discurso orientado textualmente (ADOT)

El autor más representativo del ADOT es, sin duda, Norman Fairclough (2001), cuyas investigaciones se centran, principalmente, en los efectos mutuos de las propiedades textuales lingüísticas formales, los géneros del discurso sociolingüísticos y las prácticas sociológicas institucionales. Este enfoque, que incluye una importante influencia foucaultiana, considera que las prácticas son discursivamente moldeadas y representadas. Las propiedades intrínsecas del discurso, las cuales son lingüísticamente analizables, son lo que constituye un elemento clave de la interpretación. Por tanto, de aquí emerge una pregunta fundamental: ¿cómo las prácticas sociales son discursivamente moldeadas para tener efectos discursivos y acciones o prácticas sociales subsecuentes?

Teniendo presente este interrogante, es necesario considerar que las prácticas sociales y sus manifestaciones y representaciones discursivas son

7 Para un análisis de la aplicación de los ejercicios etnometodológicos en varios casos de diferentes escenarios, véase el capítulo dos de este mismo libro de Garfinkel, titulado *Estudios sobre las bases rutinarias de las actividades cotidianas* (pp. 47-90). Se trata de la adaptación de uno de sus primeros estudios, publicado originalmente en 1964.

el interés principal de análisis. Sin embargo, Fairclough indica que no hay una diferencia tangible entre lo teórico y lo metodológico en el ADOT:

Es una teoría, o un método, que está en una relación dialógica con otras teorías y métodos sociales, los cuales deben engranar en una transdisciplinariedad más que en una forma interdisciplinaria; el significado de los co-engranajes en los aspectos particulares del proceso social puede dar pie a desarrollos de teoría y método, los cuales [a su vez] transgreden las fronteras entre diferentes teorías y métodos (2001, p. 121).

Esta posición permite que el discurso pueda considerarse como práctica social, ya que el lenguaje es un elemento integral del proceso social. Cabe notarse que, en este enfoque, el discurso no sólo está compuesto por componentes lingüísticos, sino también, por ejemplo, por imágenes visuales, lenguaje corporal y cualquier otro evento comunicativo que pueda ser considerado como metalenguaje. Por tanto, la semiótica emerge como la opción teórica más fuerte para iniciar un análisis de dicho discurso, combinando estructuras como códigos, sintaxis, grafemas e ideogramas con acciones como *actividad productiva*, medios de producción, relaciones sociales, identidades sociales, valores culturales y conciencia. Estas últimas son propias a las interacciones y tienen la capacidad de reproducir o de transformar las estructuras sociales.

Por eso, justamente, en el párrafo anterior hemos subrayado el concepto de ‘actividad productiva’. Obsérvese que, aunque el trabajo es uno de los escenarios sociales en los cuales se lleva a cabo, con mayor efectividad, la reproducción de la dominación, ciertas actividades consideradas no productivas, como el ocio, el sueño, el descanso, etc.,⁸ sirven también como contexto para la reproducción de las relaciones asimétricas de poder, y no habría que excluirlas de ningún análisis crítico. En este mismo sentido –el del análisis del tiempo dedicado a lo ‘no productivo’–, Mircea Eliade recuerda la importancia de la desacralización del trabajo en Occidente: “Es solamente en las sociedades modernas que el hombre se siente prisione-

8 Conviene aclarar, sin embargo, que estas actividades pueden ser consideradas productivas dependiendo del contexto. Estudios clásicos del *management* y la psicología industrial lo constatan (véase por ejemplo Gilbreth y Gilbreth, 1921; Mayo, 1933; Roethlisberger y Dickson, 1939). Además, estas ideas clásicas han sido desarrolladas por continuadores y contemporáneos (véase: Meyers, 2000).

ro de su oficio, porque él no puede ya escapar al Tiempo” (1967, p. 35). Se aprecia entonces la oportunidad de utilizar el ACD y, más concretamente aún, el ADOT, para examinar la lógica asfixiante del trabajo contemporáneo, en la cual no se acepta el descanso porque no se puede perder el tiempo (Aubert, 2003). Aparece de nuevo la oportunidad de analizar, de manera crítica, las lógicas presentes en el discurso administrativo y desentrañar los mecanismos que hacen posible la reproducción de la dominación y de la resistencia en los escenarios laborales contemporáneos. Las grandes corporaciones, por ejemplo, cuentan, en general, con zonas de descanso para sus empleados, cafeterías, gimnasios, etc. Vale la pena examinar estos lugares: su arquitectura, su estética, la publicidad interna, y todo un conjunto de mensajes explícitos e implícitos que, aunque se muestran como complacientes y paternalistas, pueden estar contribuyendo a la domesticación y al sometimiento de los trabajadores (Montes, 2005).

En este caso, el ACD es el análisis de las relaciones dialécticas entre la semiótica (incluyendo el lenguaje) y otros elementos de prácticas sociales. Nótese la pertinencia para decorticar, en simultánea, la lógica y la praxis. Esta semiótica se puede dar en tres diferentes formas: 1) como una parte de la actividad social dentro de una práctica, la cual constituye géneros; 2) como representación y autorepresentación, pertenecientes a un proceso de construcción social, los cuales producen discursos, y 3) interpretaciones de posiciones particulares dentro de las prácticas sociales, las cuales reproducen los estilos.

Si se tiene presente que el discurso es una construcción semiótica, podríamos ver que el orden jerárquico social se (auto)reproduce en los diferentes discursos, generando posiciones dominantes y marginales. Al respecto, Fairclough indica: “Una preocupación central es mover articulaciones entre géneros, discursos y estilos –la estructura social del movimiento de las relaciones entre ellos–, los cuales alcanzan una estabilidad y permanencia relativas para el discurso, y trabajo en curso de relaciones entre ellos en los textos y las interacciones” (2001, p.124).

Esta interdiscursividad brinda la posibilidad de analizar cada uno de los discursos teniendo en cuenta los tres elementos claves construidos se-

mióticamente. Claro está que las estructuras lingüísticas no se dejan completamente a un lado, sino que son analizadas bajo una óptica muy específica: la *lingüística sistémico funcional* propuesta por Halliday (1982). Ésta tiene la virtud de ser funcional, lo que significa que ve y analiza un lenguaje como moldeado (incluso la gramática) por las funciones sociales que tiene que satisfacer; es decir, la relación entre el sistema gramatical y las necesidades personales y sociales son lo que hace que el lenguaje funcione. Éste distingue tres metafunciones: 1) ideacional: el lenguaje saca la estructura desde la experiencia; 2) interpersonal: constituye relaciones de los participantes, y 3) textual: constituye la cohesión y coherencia en los textos.

Esto podría contribuir a esclarecer algunas formas de dominación consentida, puesto que, como su nombre lo indica, éstas operan de manera contraria a las formas de dominación abiertas que, además de ser más comunes, sin duda resultan más evidentes. Para decir lo mismo en la otra dirección: es posible validar en la historia algunas formas de dominación impuesta, insoportable para los dominados, pero existen otras formas, que son consentidas. Ya en 1548, La Boétie (2008) se escandalizaba con el servilismo del pueblo francés, sometido al tirano y feliz en su sumisión. Hoy día, los ejemplos pululan, desde el consentimiento de ciertos pueblos del Tercer Mundo a movimientos políticos con claros visos totalitarios, hasta el *coaching* y otras prácticas de gestión humana que manipulan la condición psíquica y existencial de los trabajadores hasta lograr que muchos de ellos deseen fervientemente contribuir con la lógica perversa de la dominación (Bermúdez, 2012).

Para recapitular: el ADOT, al igual que el MHD, se basa en la posible solución de problemas y tiene un objetivo claro en la comprensión de los aspectos emancipatorios del vulnerado o marginado. Propone un análisis centrado en la semiótica, lo cual permite que sea interaccional, ya que el texto como unidad de análisis es híbrido. Este enfoque no está centrado en las estructuras lingüísticas meramente, sino que entiende el lenguaje como una semiótica social; por tanto, sigue la propuesta de Halliday de un análisis sistémico funcional. Además, explica que el discurso es ideológico y que, por ende, contribuye a mantener y a reproducir *la lógica y la praxis*

de las relaciones particulares de poder y de dominación, pero también de resistencia y de búsqueda de la emancipación.

Los estudios sociocognitivos (ES)

A diferencia del MHD y del ADOT, los estudios sociocognitivos se centran en la relación poder-conocimiento-ideología y resaltan la necesidad de que el ACD se combine con algunos enfoques o subdisciplinas de las ciencias sociales y humanas. Tales 'combinaciones' metodológicas pueden llevarse a cabo con ciertas propuestas de la psicología organizacional y la psicodinámica del trabajo. Como se sabe, éstas se han interesado en los efectos sobre la salud mental de los trabajadores que son sometidos a fuertes cargas emocionales causadas por la aplicación del *management* contemporáneo. Así, un ejemplo de la vida de las grandes corporaciones, que podría permitir la descripción y el análisis de ciertas lógicas de dominación presentes allí, *y sus efectos sobre la salud mental*, puede ser el del examen crítico de pancartas, plegables, fotografías, videos institucionales, etc., puesto que el análisis crítico no es un método o una teoría que simplemente pueda emplearse para problemas sociales puntuales. Al respecto, Van Dijk (2010) explica que el interés se centra en los textos y los discursos como unidades básicas y prácticas sociales. Según esto, adquirimos buena parte de nuestro conocimiento gracias al discurso y, de igual forma, necesitamos tener un conocimiento del mundo para estar en capacidad de producir y comprender el discurso. Por eso, las preguntas bajo este enfoque serían diferentes a las del MHD. Por ejemplo: “¿qué tipos de conocimiento son los que los medios de comunicación tienden a resaltar, marginar u ocultar frente a la opinión pública?” (Van Dijk, 2010, p. 117); es decir, el interés investigativo se centra, en este caso, en la relación sociocognitiva dada en la producción y reproducción del conocimiento a través de los medios de comunicación.

Los estudios sociocognitivos presentan el ACD como un enfoque multidisciplinario, que no puede considerarse como método ni como teoría, que se nutre de otras disciplinas, especialmente la *socio-cognición* (Abele *et al.*, 2008; Fiske *et al.*, 2006; Fiske y Taylor, 1984), y en donde los procesos de contextualización son relevantes en el análisis y los modelos mentales y las creencias se reproducen en y a través del discurso. Finalmente,

la unidad de análisis es el discurso como textualización y detalla en tema, coherencia local, descripción de actores, niveles, detalle y precisión de la descripción, implicaciones y presuposiciones, fuentes, argumentación, metáforas, modalidad, mecanismos retóricos, gramática, léxico y estructuras no verbales (semióticas).

Lo anterior significa que el ACD se debe centrar en el discurso como unidad de análisis y realizar acercamientos desde la semiótica, la pragmática, la lingüística estructural y la gramática, por ejemplo. La propuesta textual de Van Dijk permite trabajar en tres niveles: microestructura, macroestructura y superestructura. Cada uno de ellos cumple con un objetivo específico en la relación texto-contexto. El primero está relacionado con la sintaxis, la cohesión y la concurrencia de cada oración que conforma los párrafos del texto; el segundo es el tema, el eje transversal del texto; el tercero es la forma, el género, el marco que dictamina y demanda un estilo, un registro y una producción determinada.

Por otro lado, el discurso se entiende como un evento comunicativo amplio, el cual puede conglomerar diversos mecanismos: oralidades, textos escritos, imágenes, etc., ya que cada uno de estos cuenta con una intención comunicativa y se realiza a través de elementos pragmáticos como los actos de habla, tanto directos como indirectos. Sin embargo, el análisis no es sólo lingüístico, o semiótico, o pragmático, pues todo ACD debe cumplir con tres pasos fundamentales: describir, explicar y criticar el problema de análisis, teniendo en cuenta los objetivos, los participantes, la ubicación, los usuarios y sus creencias e intereses.

En este enfoque, las ideologías se entienden como ‘sistemas de creencias’, lo cual implica que pertenecen al campo simbólico y del pensamiento, es decir, al nivel cognitivo. “Su carácter social proviene de la manera como se relacionan con los intereses, las expectativas y conflictos de grupos, organizaciones e instituciones” (Londoño y Frías, 2011, p.105). Por ser sociales y necesariamente vinculadas a los intereses, conflictos o luchas de un grupo determinado, las ideologías legitiman o se oponen al poder y al dominio, desempeñando funciones de apoyo o de rechazo al poder hegemónico (Gramsci, 1953), es decir, funciones de manipulación y de le-

gitimación, pero también de oposición y de obstrucción, que se expresan privilegiadamente como prácticas sociales discursivas, por lo que el discurso cumple un importante papel, bien sea en el proceso de su reproducción o en los ejercicios de resistencia.

Además, las creencias, como producto del pensamiento humano, tienen dimensiones imaginarias, cognitivas, discursivas y sociales: “son unidades de información y procesamientos, así como condiciones y consecuencias mentales del discurso y la interacción social” (Pardo, 1999, p. 67). De esta manera, las creencias son unidades o representaciones constituidas en la apropiación de la realidad empírica o fantasmática de las personas, en la generación y procesamiento de la información que los seres humanos causan en la mente como seres cognoscentes, sociales y discursivos. Las creencias, en tanto constructos mentales, son la base desde donde se constituyen las ideologías que se expresan en discursos y, en general, en las prácticas sociales y culturales. En este sentido –metodológicamente–, se pueden diferenciar dos clases básicas de creencias: las individuales y las sociales. Las primeras son fundamentalmente biográficas, se generan en la imaginación de cada individuo y se conservan en la memoria personal en la que se representan y activan (o reprimen) a partir de hechos, situaciones o eventos concretos o imaginados, en los que el individuo participa directa o indirectamente, o construye a partir de la información intuida de los demás o, efectivamente, referida por otros. Las segundas son las que se comparten con otros miembros del colectivo, forman parte tanto del universo mítico de la colectividad como de su racionalidad, contribuyen al conocimiento del mundo del que disponen los pueblos y los individuos y se conservan (y evolucionan) en la memoria social.

Las estructuras de actitud regulan los grupos humanos y les indican formas de valoración en términos de lo bueno y lo malo, lo correcto o lo incorrecto, lo bello y lo feo y, por tanto, incluyen creencias evaluativas u opiniones que en alguna medida son también sociales y se basan en valores y normas compartidas. Según esto, las ideologías incluyen opiniones grupales o sociales, las cuales son generales y abstractas y se agrupan en campos específicos de la realidad social. Según Van Dijk, “estos grupos de opiniones son las actitudes” (1998, p. 84).

Los ES podrían contribuir a explicar algunos asuntos sobre la dominación contemporánea en los escenarios industriales. No es exagerado afirmar, por ejemplo, que con las prácticas de ‘socialización organizacional’, tendientes a inculcar la cultura corporativa, se lleva a cabo un típico ejercicio de dominación. Numerosas investigaciones permiten asegurar que, en muchos casos, la inculcación se lleva a cabo utilizando ciertas técnicas de motivación y otros dispositivos de ‘evangelización’ empresarial que manipulan, deliberadamente, las creencias de los trabajadores. De hecho, el examen de ciertas vivencias organizacionales permite a algunos autores asegurar que con estas ‘socializaciones’ se lleva a cabo un ejercicio de aculturación por la vía de la inculcación y el adoctrinamiento (Bermúdez, 2011; Muñoz, 2010; Arnott, 2002; Villaveces, 1997). Además, la dominación en el trabajo de las grandes corporaciones contemporáneas no siempre es por la vía de la fuerza. Actualmente asistimos a una mutación inquietante entre la dominación impuesta y el sometimiento deseado, de lo cual el *coaching* es uno de los ejemplos más contundentes (Bermúdez, 2012; Gori y Le Coz, 2007; Martuccelli, 2004).

Por otra parte, la conceptualización de la opinión se diferencia de otro tipo de creencias socialmente compartidas, como el conocimiento sociocultural, el cual construye creencias que se basan en criterios de verdad socialmente reconocidos. El conocimiento sociocultural se asocia con las creencias fácticas comunes y con los criterios compartidos para la determinación de su verdad. “Esta diferencia clásica se relaciona con la distinción entre el saber (*episteme*) y la opinión (*doxa*), lo cual posibilita distinguir, teóricamente, entre creencias evaluativas socialmente compartidas, opiniones y actitudes, y creencias fácticas socialmente compartidas o conocimiento” (Londoño, 2005, p. 139).

Conclusión: posibles encuentros entre los tres enfoques

Como se ha podido apreciar, cada uno de estos tres enfoques aborda su unidad de análisis desde diferentes perspectivas, siguiendo propuestas teórico-metodológicas distintas. En el caso del MHD, su foco de atención está en la triada poder-historia-ideología, dando particular interés a la construcción social del discurso a través de los momentos históricos en los cuales se

desarrolla, analizando a los participantes y las agencias que aparecen como personajes en el discurso. Cabe recordar que este enfoque, en particular, demanda trabajo de campo y etnografía, pero a la vez rescata los elementos lingüísticos. Para el MHD, la ideología se refiere a las formas y procesos sociales dentro de los cuales, y por medio de los cuales, las formas simbólicas circulan en el mundo social. Como se vio, puede resultar útil para diferenciar los niveles de análisis de la investigación sobre las lógicas de dominación presentes en el *management* contemporáneo. El examen de las retóricas arrojaría elementos que serían complementarios de los hallazgos logrados a partir del trabajo de terreno etnometodológico.

Por su parte, el ADOT se centra en una relación poder-ideología, bajo una mirada foucaultiana, la cual demanda propuestas conceptuales diferentes a las lingüísticas.⁹ Este enfoque rescata las prácticas sociales y entiende el discurso como una construcción socialmente moldeada, representada y reproducida. Aquí, el poder no deriva del lenguaje, pero el lenguaje puede ser utilizado para retar al poder, trastornarlo y alterar sus distribuciones a corto y largo plazo. Este discurso permite que se entienda a las diferentes prácticas, las posiciones y las intenciones, las manipulaciones que el género y el estilo complementan como elementos igualmente institucionalizados en la sociedad, pero con variedades tan amplias que permiten ser analizadas gracias, por ejemplo, a la lingüística sistémico funcional de Halliday (1982), o que posibilitan el examen de los mensajes presentes (o ausentes) en símbolos y gramáticas paralelas: el ejemplo de la arquitectura, la estética y la axiología gráfica de los escenarios laborales invita a incluir al ADOT en investigaciones futuras sobre la dominación en la gran empresa contemporánea.

En cuanto a los ES, ponen una especial atención en la relación en la tríada poder-conocimiento-ideología. En este caso, los intereses son socio-cognitivos y entienden el discurso como un evento comunicativo amplio, construido gracias a unas identidades que tienen sus bases en los modelos

9 Recuérdese que Foucault pensaba que la noción de ideología había que utilizarla con mucha precaución. Esto es, precisamente, lo que influencia a los autores del ADOT. Según Foucault, una de las razones fundamentales que hace difícil su utilización es que “se quiera o no, la ideología está siempre en oposición virtual a algo que sería la verdad”. En este mismo sentido, agrega lo siguiente: “yo creo que el problema no está en hacer la partición entre lo que, en un discurso, evidencia la cientificidad y la verdad y lo que evidencia otra cosa, sino ver históricamente cómo se producen los efectos de verdad en el interior de los discursos que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos” (Foucault, 1979, pp. 181-182).

mentales y actitudes de creencias, con una alta carga ideológica. Por tanto, el discurso es la reproducción conceptual de estos elementos. La semiótica hace parte pero no es el elemento constitutivo por excelencia del análisis; hay otras opciones complementarias, como la pragmática y la lingüística textual. Estudiar la diferencia entre la inculcación de la cultura corporativa y el sometimiento deseado del *coaching*, por ejemplo, es una oportunidad académica que puede ser potenciada gracias al enfoque de los ES en procura de las necesarias explicaciones de las lógicas de la dominación presentes en el discurso y las prácticas administrativas.

Finalmente, los tres enfoques comparten un interés en el examen del poder y sus formas de representación, reproducción y manipulación. Entienden el lenguaje como un hecho social y lo relacionan con diferentes elementos constitutivos, pero rescatan la influencia de las prácticas sociales y personales en marcos de interpretación complejos como la historia, el contexto y el poder mismo. Este interés en los órdenes sociales y políticos de las comunidades hace que su principal intención sea la de desentrañar las intenciones subyacentes al discurso, poner en alerta a los vulnerados, los marginados, ‘los de afuera’, con respecto a los intereses de los dominantes.

Los estudios críticos del discurso pueden contribuir a los exámenes sociológicos en búsqueda de lucidez y originalidad, porque estudiar las lógicas de dominación exige una audacia fuera de lo común. El filósofo francés Étienne de La Boétie siempre se escandalizó por esto. En 1548, escribía desesperado: “Dos hombres, y quizá diez, pueden temer a uno. ¡Pero, que mil, un millón, mil ciudades no se defiendan de uno, no es ni siquiera cobardía!” (2008, p. 47). Su asombro es el nuestro: creemos que vale la pena estudiar cómo operan las lógicas que animan a que miles de ciudades enteras se sometan a la dominación del discurso administrativo y organizacional contemporáneo.

Referencias

Abele, A., Cuddy, A., Judd, C. y Yzerbyt, V. (2008). “Fundamental dimensions of social judgment”. En: *European Journal of Social Psychology*, 38, pp. 1-6.

- Aktouf, O. (2008). *Halte au gâchis. En finir avec l'économie-management à l'américaine*. Montreal: Liber.
- Arnott, D. (2002). *El culto a la empresa*. Buenos Aires: Paidós.
- Aubert, N. (2003). *Le culte de l'urgence*. París: Flammarion.
- Aubert, N. y Gaulejac, V. de. (1991). *Le coût de l'excellence*. París: Seuil.
- Bermúdez, H. (2012). *De la cultura organizacional al coaching: ¿El tránsito de la domesticación al sometimiento deseado?* Colección Nuevo Pensamiento Administrativo. Cali: Universidad del Valle [en prensa].
- Bermúdez, H. (2011). "La inducción general en la empresa: Entre un proceso administrativo y un fenómeno sociológico". En: *Universidad & Empresa*, 21, pp. 117-142.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1998). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blau, P. (1957). "Formal Organization: Dimensions of Analysis". En: *American Journal of Sociology*, 63 (1), pp. 58-69.
- Brown, G. (1994). *Language and Understanding*. Oxford: Oxford University Press.
- Bührmann, A. y Schneider, W. (2007). "Mehr als nur diskursive Praxis? –Konzeptionelle Grundlagen und methodische Aspekte der Dispositivanalyse". En: *Forum: Qualitative Social Research*, 8 (2). Disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0702281> [fecha de consulta: 29 de abril de 2013].
- Burns, T. y Stalker, G. (1961). *The Management of Innovation*. Londres: Tavistock.
- Castells, M. (1998). *La société en réseaux*. París: Fayard.

- Chandler, A. (1962). *Strategy and Structure*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Chazel, F. (1983). "Pouvoir, structure et domination". En : *Revue française de sociologie*, 24 (3), pp. 369-393.
- Crozier, M. y Friedberg, E. (1977). *L'acteur et le système*. París: Seuil.
- Dahl, R. (1957). "The concept of power". En: *Behavioral Science*, 2, pp. 201-215.
- De Certeau, M. (1990). *L'invention du quotidien, t. I, Arts de faire*. París: Gallimard.
- Dejours, C. (2006). "Aliénation et clinique du travail". En: *Actuel Marx*, 39 (1), pp. 123-144.
- Derrida, J. (1967). *De la Grammatologie*. París: Minuit.
- Eliade, M. (1967). *Mythes rêves et mystères*. París: Gallimard.
- Emerson, R. (1976). "Social Exchange Theory". En: *Annual Review of Sociology*, 2, pp. 335-362.
- Fairclough, N. (2001). "Critical discourse analysis as a method in social scientific research". En: Wodak, R. y Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp.121-138). Londres: Sage.
- Fairclough, N. y Wodak, R. (2000). "Análisis crítico del discurso". En: Van Dijk, T. (dir.). *El discurso como estructura y proceso* (pp. 367-404). Barcelona: Paidós.
- Fiske, S., Cuddy, A. y Glick, P. (2006). "Universal dimensions of social cognition: warmth and competence". En: *Trends in Cognitive Sciences*, 11 (2), pp. 77-83.
- Fiske, S. y Taylor, S. (1984). *Social cognition*. Reading, MA: Addison-Wesley.

- Foucault, M. (1979). "Verdad y poder". En: *Microfísica del poder* (pp. 175-189). Madrid: La Piqueta.
- Garfinkel, H. (1967/2006). *Estudios en etnometodología*. Barcelona: Anthropos.
- Gaulejac, V. de (2011). *Travail, les raisons de la colère*. París: Seuil.
- Gaulejac, V. de (2005). *La société malade de la gestion*. París: Seuil.
- Genette, G. (2005). *Figuras V*. México: Siglo XXI.
- Gilbreth, F. y Gilbreth L. (1921). *Time and Motion Study as Fundamental Factors in Planning and Control*. Nueva Jersey: The Mountainside Press.
- Giles, H. (1979). *Language and Ethnic Relations*. Oxford: Pergamon.
- Gori, R. y Le Coz, P. (2007). "Le coaching: main basse sur le marché de la souffrance psychique". En: *Cliniques méditerranéennes*, 1 (75), pp. 73-89.
- Gramsci, A. (1953/1983). *Cahiers de prison*. París: Gallimard.
- Green, J. (1989). *Memory, Thinking, and Language*. Londres: Methuen.
- Habermas, J. (1977). *Knowledge and Human Interests*. Boston: Beacon.
- Halliday, M. (1982). *El lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Herzog, B. y Hernández i Dobon, J. (2012). "La noción de 'lucha' en la teoría de reconocimiento de Axel Honneth sobre la posibilidad de subsanar el 'déficit sociológico' de la Teoría Crítica con la ayuda del Análisis del Discurso". En: *Política y Sociedad*, 49 (3), pp. 609-623.
- Homans, G. (1958). "Social Behavior as Exchange". En: *American Journal of Sociology*, 63 (6), pp. 597-606.

- Kaës, R. (2002). "Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones". En: *La institución y las instituciones* (pp. 15-67). Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1996). *Souffrance et psychopathologie des liens institués*. París: Dunod.
- Keller, R. (2010). "El análisis del discurso basado en la sociología del conocimiento (ADSC). Un programa de investigación para el análisis de relaciones sociales y políticas de conocimiento". En: *Forum: Qualitative Social Research*, 11 (3). Disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs100352> [fecha de consulta: 27 de abril de 2013].
- Kovács, I. (2002). "Cómo hacer visible el trabajo que el discurso dominante oculta". En: *Sociología del trabajo*, 45, pp. 25-52.
- La Boétie, E. (2008). *El discurso de la servidumbre voluntaria*. La Plata: Utopía Libertaria.
- Laoureux, S. (2008). "Du pratique au théorique: La sociologie phénoménologique d'Alfred Schütz et la question de la coupure épistémologique". En: *Bulletin d'analyse phénoménologique*, 4 (3), pp. 169-188.
- Lawrence, P. y Lorsch, J. (1967). *Organization and Environment: Managing Differentiation and Integration*. Cambridge, MA: Harvard Graduate School of Business Administration.
- Leech, G. (1996). *Principles of Pragmatics*. Londres: Longman.
- Londoño, D. (2005). "La guerra sucia no tiene cabida en nuestra política: un análisis del sistema de creencias". En: *Anagramas*, 3 (6), pp. 130-145.
- Londoño, D. y Frías, L. (2011). "Análisis crítico del discurso y arqueología del saber: dos opciones de estudio de la sociedad". En: *Palabra Clave*, 14, pp. 101-121.

- Martuccelli, D. (2006). "Derrière les rhétoriques managériales". En: *Vacarme*, 36. Disponible en: <http://www.vacarme.org/article676.html> [fecha de consulta: 11 de junio de 2012].
- Martuccelli, D. (2004). "Figures de la domination". En: *Revue française de sociologie*, 45 (3), pp. 469-497.
- Mayo, E. (1933). *The human problems of an Industrial Civilization*. Nueva York: Macmillan.
- Meyer, M. (2001). "Between theory, method, and politics: positioning of the approaches of CDA". En: Wodak, R. y Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp.14-31). Londres: Sage.
- Meyers, F. (2000). *Estudios de tiempos y movimientos para la manufactura ágil*. México: Pearson Educación.
- Montes, J. (2005). "Subordinación y dominación en los espacios de trabajo. Sobre la disciplina y sus formas de expresión". En: *Athenea Digital*, 8, pp. 50-71. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/html/537/53700803/53700803.html> [fecha de consulta: 7 de agosto de 2012].
- Muñoz, R. (2010). "El caso de la compañía Suramericana de seguros". En: Arcand, S., Muñoz, R., Facal, J. y Dupuis, J. P. (eds.). *Sociología de la empresa. Del marco histórico a las dinámicas internas* (pp. 437-443). Bogotá: Siglo del Hombre.
- Pardo, N. (1999). "Análisis crítico del discurso: un acercamiento a las representaciones sociales". En: *Forma y Función*, 12, pp. 63-81.
- Roethlisberger, F. y Dickson, W. (1939/1976). *Management and the Worker*. Cambridge (Ma): Harvard University Press.
- Sacks, H., Schegloff, E. y Jefferson, G. (1974). "A Simplest Systematic for the Organization Turn-taking in Conversation". En: *Language*, 50, pp. 696-735.

- Salkie, R. (1995). *Text and Discourse Analysis*. Londres: Routledge.
- Saville-Troike, M. (1982). *The Ethnography of Communication*. Oxford: Basil Blackwell.
- Sennett, R. (2006). *La culture du nouveau capitalismo*. París: Albin Michel.
- Scott, J. (2009). *La dominación et les arts de la résistance. Fragments du discours subalterne*. París: Amsterdam.
- Stubbs, M. (1993). *Discourse Analysis: A Socio-linguistic Analysis Natural Language*. Oxford: Blackwell.
- Taylor, F. (1911/1998). *The Principles of Scientific Management*. Nueva York: The Dover Edition.
- Taylor, F. (1903). "Shop Management". En: *Transactions of the American Society of Mechanical Engineers*, 24, pp. 1337-1480.
- Tobin, Y. (1990). *Semiotics and Linguistics*. Londres: Longman.
- Turner, M. (1996). *The Literary Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Van Dijk, T. (2010). "Discurso, conocimiento, poder y política. Hacia un análisis crítico epistémico del discurso". En: *Revista de Investigación Lingüística*, 13, pp. 167-215.
- Van Dijk, T. (2001). "Multidisciplinary CDA: a plea for diversity". En: Wodak, R. y Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp. 95-120). Londres: Sage.
- Van Dijk, T. (2000). *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona: Paidós.
- Van Dijk, T. (1999). *Ideología*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. (1998). *La ciencia del texto*. Barcelona: Paidós.

- Villaveces, S. (1997). "Cultura y empresa: La objetivación del yo para consumir al otro". En: Uribe, M. V. y Restrepo, E. (eds.). *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia* (pp. 93-125). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Weber, M. (1922/1971). *Économie et Société*, I. París: Plon.
- Wodak, R. (2009). *Discourse of politics in action. Politics as usual*. Hampshire Palgrave: Macmillan.
- Wodak, R. (2001a). "What CDA is about –a summary of its history, important concepts and its developments". En: Wodak, R. y Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp. 1-13). Londres: Sage.
- Wodak, R. (2001b). "The discourse-historical approach". En: Wodak, R. y Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis* (pp. 63-94). Londres: Sage.
- Wodak, R., Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., De Cillia, R. y Mitten, R. (1990). "Wir sind alle unschuldige Täter!" *Diskurshistorische Studien zum achkriegsantisemitismus*. Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- Woodward, J. (1965). *Industrial Organization: Theory and Practice*. Londres: Oxford University Press.